



En el anterior y primer número expresábamos nuestro deseo de hacer una revista de todos, para todos y entre todos. En esto último quizá radique lo más difícil del asunto. Pero si la revista no la hacemos todos, dejará de ser un instrumento válido en muy poco tiempo, pudiendo pasar a ser cualquier cosa, quizá útil en otros aspectos, pero inútil como vehículo de coordinación, expresión y lucha de los que estamos en esto de la Ecología crítica, el ecologismo y las alternativas profundas a un sistema que no nos gusta, en el más amplio sentido de la palabra. Y si algún aspecto nos parece en particular, rechazable es el centralismo mastodónico que se está gestando, no sólo de tipo geográfico, como concentración de materias primas, energía, contaminación y población en escasos puntos de la península, sino intelectual. Lo que más nos duele es la creciente incapacidad de la población para entender el porqué de la ignorancia sobre lo que les está sucediendo.

No nos importan tanto los análisis profundos sobre lo que piensan las élites, sino las consecuencias que se derivan de la existencia misma de dichas élites. Es por esta razón por la que consideramos que hay que desconfiar de lo que sea concentrado, sea tomate o inteligencia, habitats o energía. Si no conseguimos que El Ecologista exprese profundamente

lo que está sucediendo lejos de la concentración y por los no concentrados, nunca llegaremos a ser una revista distinta, una revista que, a pesar de estar hecha con pasta de papel, podemos decir que es un mal menor.

“El Ecologista” pretende así que la revista se haga simultáneamente en todos los lugares de la geografía peninsular e insular. Empezamos haciendo este Nº sobre la más verde de las nacionalidades de la península, pero en la propia nación y por sus afectados.

Desgraciadamente todavía es más fácil acceder a las cifras de producción de centeno, hacinamientos o reservas minerales de Galicia desde Madrid que desde Barcelona o la propia Galicia. Pero lo que jamás podrán reflejar las estadísticas serán las diferentes formas de opresión, manipulación y abandono que subyacen detrás de las cifras. Esto sólo lo pueden hacer los que sufren las consecuencias de estas cifras y allí donde éstas son algo más que números.

Si bien parte de este número se ha escrito desde Pontevedra y no desde los mismos montes comunales, sí, al menos, podemos decir que hay algo en él que nunca habríamos encontrado en las estadísticas de los ministerios: el calor y el clamor gallego contra la destrucción de su tierra.